

Lo que aquí hace falta

La política española al uso es una charada indescifrable, un montón repugnante en el que se ven revueltos como andrajos en el saco de un trapero immoralidades y prevaricaciones, amañados y despojos, tiranías y actos de fuerza, insolencias y crueldades, ambiciones sin tasa y codicia inextinguibles.

Siempre el liberalismo dió esos frutos, pero desde la mal llamada restauración hasta hoy, el montón informe ha aumentado hasta ser montaña en la que anidan reptiles y aves de rapaña que viven en amigable confraternidad para devorar cuanto tienen al alcance de sus rapaces instintos.

No somos tan apasionados que vayamos a creer que entre los políticos que por turno usufructúan las delicias del Poder, no hay un hombre honrado; no van tan lejos nuestros pesimismo, pero hemos de declarar que esos políticos honrados, bien sea por culpa del régimen, ora por el ambiente de inmoralidad que los rodea, resultan más estériles que los que de honradez carecen, ya que éstos son fecundos para el mal, mientras aquéllos apenas dan ligera muestra de su bondad.

Diez justos hubieran salvado a Sodoma, símbolo de todas las abyecciones y procacidades de la humanidad.

¿No habrá diez justos que puedan salvar a España, próxima a despeñarse en el fondo de todas las concupiscencias?

Supongamos que hay una nación en la cual abundan más los pícaros que los hombres de bien, pero supongamos también que en la cumbre del Poder se encuentran media docena de hombres de buena voluntad, lo cual no es suponer demasiado, pues lo contrario equivaldría a creer que esa nación no era sino una colectividad de bandidos y esto es inverosímil, porque jamás el bandolerismo ha podido ni podrá formar nación.

Ocho o diez hombres de buena voluntad, decimos, más atentos al general provecho que al provecho propio, enérgicos en el mando, austeros en sus costumbres, más amantes de la ley santa que del capricho maleante, es indudable que podrían salvar a España, aun suponiendo, temerariamente, que los pícaros estuviesen en mayoría, porque ese Gobierno podría refrenar la maldad con el castigo de la ley o la imposición de la fuerza si la ley resultase impotente, porque podría premiar las acciones buenas en todas sus manifestaciones, porque podría estimular la virtud y amordazar el vicio, porque podría moralizar las costumbres con altos ejemplos, porque podría cortar el paso a propagandas audaces y perniciosas

que cada día aumentan y empeoran el espíritu social, porque podría multiplicar la riqueza pública amparando y protegiendo la agricultura, que es y será fuente caudalosa de la prosperidad nacional el día que se abra ancho cauce a sus corrientes, y podría, por último, aniquilar las bandadas de agiotistas, usureros y caciques, nube de carne concupiscible preñada de lágrimas, immoralidades y tiranías.

¿No habrá en España diez hombres de buena voluntad, diez políticos integérrimos, diez gobernantes austeros, patriotas, con bastante sentido práctico y con exacto conocimiento de los hombres y las cosas, capaces de llevar a cabo aquella noble misión?

Si los hay, agrúpanse y apercíbanse para salvar a esta pobre Patria que se muere de asco, de vergüenza y de cobardía.

Si no existen, preparémonos a perderlo todo, honor, hacienda, religión, independencia; todo eso se perderá si no hay una colectividad o un hombre que, haciéndose cargo de las aspiraciones legítimas del país y templando el corazón en la fragua del sentimiento nacional, corte de un tajo de su espada la cabeza de la furia grosera, insaciable y carnal que hace un siglo viene devorándonos con lentitud felina, para que el martirio sea más doloroso y duradero.

L.

En la sociedad doméstica gobierna uno: el padre; en la sociedad política quieren gobernar todos.

BALMES

SIN AMBAGES

No ocurre en ninguna parte lo que sucede en España desde que hasta en el cocido se mete la Democracia. Yo entendi, ¡pobre de mí! que esa célebre palabra significa protección a las clases proletarias, un aumento de jornal al que no come y trabaja, aumento que fuera fácil acreciendo la ganancia de las industrias por medio de hacer una gran rebaja en impuestos, en tarifas, en contribución, y en tantas socialías de dinero que a manos del fisco pasa y enseguida se deshace como la sal en el agua. Yo pensé, ¡ay, infeliz!, que al mandar la democracia hubiera un brazo robusto para manejar el hacha y cortar en poco tiempo todas las podridas ramas de esa legión de holgazanes demás en la burocracia, que los ministros habidos en anteriores etapas no iban a cobrar de sueldo

treinta mil reales del ala, y que la lista civil iba a sufrir la rebaja proporcional de unos cuantos miles de duros por barba; pero al ver que a Canalejas todo se le vuelve cháchara y que el aire protector por la mella se le escapa... al ver que emigra la gente porque en su tierra no halla el pedazo de pan duro que le ofrecen otras patrias... dan ganas de maldecir la flamante democracia.

A. RIMANDO.

Pasan de 70 millones de pesetas los créditos extraordinarios sobre el presupuesto de este año de la Hacienda española.

¿Para qué, pues, aprobar los presupuestos, si con los suplementos de créditos se desvirtúa la ley Económica que votan las Cortes?

¡Qué desorden! ¡qué desbarajuste!

Todos cruzados

No olvidéis que Canalejas tiene el compromiso de presentar a las Cortes el proyecto de Ley de Asociaciones: que él con Morote fueron los que intentaron plagiar hace unos años la ley persecutoria de Waldeck-Rousseau, y que él y Morote son los redactores del nuevo proyecto.

Presentado ese proyecto sin previa comunicación a Roma, traerá la ruptura entre el Vaticano y España. Aunque se comunique traerá la persecución de nuestras Órdenes religiosas.

Nosotros no podremos consentirlo y tendremos que agitar el país. Nuestros periódicos tendrán que ser llamas que propaguen el incendio de la protesta por la montaña y por la llanura, por la ciudad y por la aldea. Contra unos centenares de diputados que se abrogan nuestra representación; nosotros los representados tendremos que reunirnos en asambleas y mítins clamorosos, retirándoles esa representación, diciendo airadamente que no queremos esa ley, que la interpretamos como una persecución, que es para nosotros un freno a nuestra libertad y un peligro para nuestros hijos, que al defender a las Órdenes religiosas no defendemos al fraile o a la monja únicamente, sino también las garantías para la educación de nuestros hijos, la libre expansión de nuestras creencias que tienen en nuestras almas raíces más hondas que las hayas en nuestras montañas.

Tendrán que constituirse en todas partes Juntas de defensa, tendrán que apagarse las voces estridentes de nuestras divisiones, tendrán que organizarse manifestaciones y mítins en todos los distritos, tendrán que votarse

conclusiones y exigir a los diputados y senadores de esos distritos que las apoyen en el Parlamento, retirándoles la confianza y el derecho de representación si no lo hacen así; los que dieron sus votos a los ministeriales que apoyan esa ley crearán un deber de conciencia, como una reparación por ella impuesta, el ejercer sobre los que merecieron sus votos las más enérgicas presiones; habrá que preparar concurrenciantes, organizadores, oradores; habrá que facilitar su labor publicando folletos de vulgarización, artículos en nuestras Revistas, donde se acumulen como en arsenal armas de razones y armas de hechos; habrá que pensar en dar a este levantamiento general de las conciencias católicas unidad de dirección.

Y todos habrán de cooperar a él como a una obra de salud pública: los ricos con su dinero, los pobres con su presencia en nuestras asambleas, los organizadores con sus iniciativas, los oradores con su elocuencia, los escritores y periodistas con sus plumas, todos con su actividad, con su entusiasmo y con sus plegarias.

Preparémonos. Ya sé que es desazonante este vivir siempre en vilo, siempre en zozobra, siempre en agitación.

Pero lo repetiré una vez más: eso no es ahora cuando se evita, se evita en la época de las elecciones. Los partidos que votan a un partido que a sí mismo se llama anticlerical, hacen a sus hermanos los otros católicos, este daño gravísimo: el robarles la paz, el ver siempre amagado el solar de su fe y el alma de sus hijos.

Mas ahora no reeriminemos. Los que obraron interesada o ligeramente, que escarmenten: las víctimas, que perdonen. No se vá a luchar ahora por una forma de gobierno o por una reivindicación política: se va a luchar por la fe y por España. Todos nos podemos sentir «cruzados» y al entrar en batalla el cruzado se ponía en presencia de Dios, hundía en tierra la rodilla y la oración ahuyentaba de su alma el rencor, la codicia, las pobres pasiones que revolotean siempre alrededor del alma como buitres sobre su presa.

SEVERINO AZNAR

En esta región en qué vivo, cualquiera de los grandes propietarios territoriales de ella—duques, marqueses, condes, señores, diputados, etc.—hace más daño que cuarenta conventos de frailes hampones y monjas famelicas. Porque eso de la riqueza de las Órdenes religiosas es más leyenda que otra cosa.

De El Socialista